



# El papel de las instituciones en la formación de la singularidad de los sujetos

Fecha de recibo: 04-15-07 – Fecha de aprobación: 05-18-07

LUZ ASTRID PÉREZ BARCO

De la página 71 a la página 97

## Resumen

Este artículo pretende dar una mirada desde la filosofía y la psicología de la singularidad del individuo, y cómo esta se ve sometida al contexto sociocultural, provocando un reequilibrio constante en el ser.

## Palabras clave

Singularidad, sociedad, cultura, individuo, sujeto, institución.

## Abstract

This article seeks to give a look from the philosophy and the psychology of the individual's singularity. And as this is subjected to the socio cultural context, causing a constant rebalance in the human being.

## Key words

Singularity, society, culture, individual, fellow, institution.

## Résumé

Cet article prétend donner un point de vue depuis la philosophie et la psychologie de la singularité de l'individu. Et comme ce point de vue est soumis au contexte socioculturel, provoquant un rééquilibre constant de l'être.

## Mots-clés

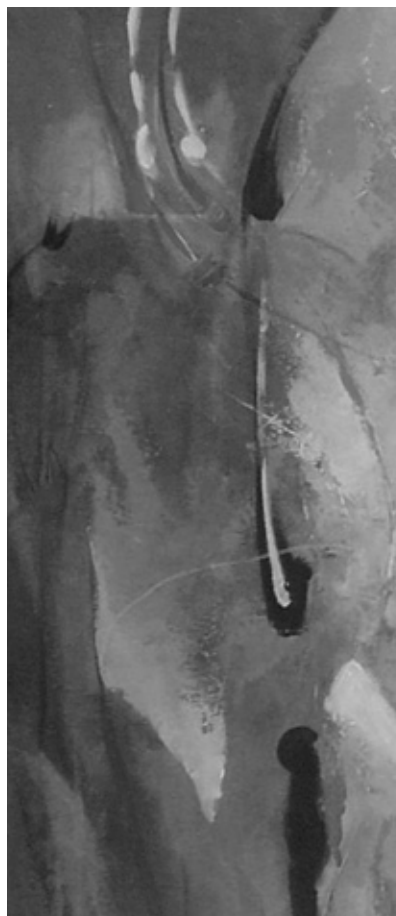
Singularité, société, culture, individu, sujet, institution.

Las instituciones educativas tienen como misión principal orientar a los individuos para garantizar su ingreso a la realidad objetiva, resulta entonces pertinente explorar la influencia de la educación formal estandarizada en la construcción de los modos de la función simbólica en los niños que se encuentran entre los 4 y 7 años de edad.

Un análisis de las distintas épocas y lugares de la educación, pone en evidencia el surgimiento de las instrucciones y las normas para ejercer control sobre los individuos, conduciéndolos consciente o inconscientemente a su organización. De este modo, las sociedades entendidas como grupos de individuos con normas y prácticas establecidas, crean unos parámetros dentro de los cuales todos los miembros se deben incluir; pues quien no acceda a tal control quedará marginado por su “anormalidad” y excluido de la práctica social.

La socialización ha sido transformada, pues es entendida como un proceso en el que el individuo con actitud pasiva accede a ser modelo de acuerdo con los objetivos y/o necesidades del colectivo en que se halla inmerso. De tal suerte que su adaptación (transformación para acceder y pertenecer al grupo) dará cuenta de su capacidad de desempeño y por ende de su “normalidad” la cual lo hace apto y capaz para interactuar.

En todo ese proceso, el otro se convierte en un referente, y es el encargado de propiciar la adaptación del niño (en principio egocéntrico) que trata de representarse el mundo. En este caso su trabajo está encaminado a ofrecerle una realidad objetivada donde los significados ya están dados e incluso los significantes empiezan a ser estandarizados y con ello limitados. Se hace entonces necesario indagar acerca de esas primeras construcciones individuales plasmadas en los modos de la función simbólica: el juego y el dibujo como expresión de lo singular, basado en las experiencias propias, las herramientas que le ofrecen los otros desde su contexto y su cultura y el conocimiento que se construye



a partir de la interrelación; en este sentido la construcción de significantes y significados está mediada por los otros, más aún, cuando el sujeto es capaz de interiorizar estos datos a través de la acomodación puede crear otros significantes. El juego y el dibujo le permiten elaborar distintos conocimientos acerca de la vida, la cultura en que se encuentra inmerso y de sí mismo al acceder a situaciones que por ser vividas como situadas fuera de la realidad le ofrecen la libertad y la tranquilidad necesarias para pensarse en otros roles, lugares y situaciones para construir desde allí otros mundos posibles comprender estructuras y desenvolverse en el que colectivamente hemos creado.

### Pesquisa y definición del termino singularidad

En el intento por precisar la pregunta problema que sustenta la tesis, se ha considerado pertinente detallar cuál es el significado que adquiere el término Singularidad, primeramente porque no hay evidencia clara del concepto y como consecuencia de lo anterior no se encuentra una definición unitaria de lo singular sino que aparece tanto en el discurso filosófico y psicológico en relación con otros términos como individualidad o personalidad, lo cual de alguna manera lo deja desprovisto de complejidad y lo instala como un sinónimo más.

## Singularidad y concepto de individuo en filosofía

De este modo se inicia el recorrido por la perspectiva filosófica, la cual aunque presenta una conceptualización abstracta de la singularidad, permite ubicar los primeros momentos en que se da relevancia al término. Así, se encuentra en primer lugar a una de las figuras más representativas de la antigüedad: Aristóteles, quien compara el término singular a individual y lo diferencia de universal; en este sentido el “ente singular se refiere a un individuo, el cual es nombrado por un nombre singular” (Echeverri y Echeverri, 1997) que puede ser propio (nombre) o descriptivo. Por un lado se tiene el nombre, cuya misión es orientada por Platón (Echeverri y Echeverri, 1997) hacia la expresión de la verdadera esencia de las cosas; y por otro lado Individuo, cuyas primeras definiciones provienen de los autores latinos Séneca y Porfirio (Echeverri y Echeverri, 1997). Para el primero, es lo individual o indivisible pues no puede ser pensado por separado; para el segundo es lo irrepitible.

Otros filósofos se vieron igualmente interesados en explicarlo, como es el caso de Wolff (Echeverri y Echeverri, 1997), quien define el ente singular como el ente que se halla completamente determinado; en el pensamiento kantiano se encuentra cómo la individualidad se determina por la aplicación



de varias categorías; y para los empiristas “es un datum irreductible” (Echeverri y Echeverri, 1997). Es así como el concepto de individuo se convierte en fundamento que da origen a diversas doctrinas denominadas individualismo, cada una de las cuales posee una concepción de individuo humano, ya sea de carácter ético, político, religioso, económico, etc.; pero de igual forma es la base de toda ley.

En contraposición al individualismo que sitúa la singularidad como lo único y lo irrepitible, lo cual ubica en el precepto teórico dominante de la modernidad; aparece el universalismo sociológico, el cual afirma que “cada hombre adquiere consistencia sólo en la

virtud de su referencia al conjunto”. Este da pie para ubicarse en la perspectiva sociológica, donde se enfatiza en la teoría: Sobre el surgimiento del yo interior (self) por Charles Horton Cooley y George Herbert Mead. Ellos no desconocen una base biológica, pero a su parecer es la interacción social la que define y permite el desarrollo del “yo” interior que tiene como colaborador al “mí”, que es él yo socializado que se compone de normas y valores y que está siempre consciente de su reflejo social, puesto que entabla con la sociedad una relación de cooperación, es decir, que la acción de ambas crea cultura.

## La singularidad en la psicología

Dichos supuestos teóricos, expuestos desde la perspectiva sociológica, encuentran oponentes en la perspectiva psicológica, así estos planteamientos poseen diferencias importantes con la teoría freudiana; que aunque igualmente señala tres componentes de la personalidad como: el ello -que se asemeja al “Yo”- y el yo y el super yo que guardan similitud con el “mí”-, la relación entre individuo y sociedad es conflictiva, por lo cual no consideraba a esta última como determinante de la personalidad. Para Freud (Carver y Séller, 1997) la personalidad se fijaba aproximadamente en los primeros cinco años del niño y



poseía como componente original el ello, que es el único presente al nacer y contiene los aspectos heredados, instintivos y primitivos de la personalidad. Estos siempre se ven inhibidos por el súper yo, que es la incorporación de las prohibiciones paternas y sociales, que se dirigen al ajuste de la personalidad a los ideales implementados por el contexto sociocultural; sin embargo dicha labor “civilizadora” sobre la persona está muy alejada de la realidad.

Siguiendo con la pretensión a partir de lo anterior y continuando por la línea psicológica, está el término identidad, que suele emplearse para transmitir un sentido de coherencia o continuidad de las

cualidades de alguien que se originan en su interior. Esto nos conduce a la definición propuesta por Gordon Allport, “La personalidad es la organización dinámica, dentro del individuo, de los sistemas psicofísicos que crean patrones característicos de conducta, pensamientos y sentimientos” (Carver y Scheier, 1997). Dicha definición lleva implícitas dos ideas que se han convertido en el pilar del estudio de la personalidad. Uno de ellos es la existencia de diferencias individuales, y el otro es el funcionamiento intrapersonal que implica un conjunto de procesos dentro del individuo que lo llevan a actuar de determinada manera. La primera idea remite a la perspectiva biológica que ofrece modelos donde la función cerebral, el sistema nervioso y las hormonas son los determinantes del desarrollo de la personalidad; y el segundo ya incluye la posibilidad de que en el proceso dinámico las tendencias motivacionales influyan sobre la conducta, lo cual señala la probable existencia de otros factores, además del biológico.

En consecuencia, se puede resaltar cómo la psicología del Yo apunta al reconocimiento de una individualidad ligada a la ontogénesis y a la filogénesis que tiene como meta principal adaptarse al mundo por medio del control de sus impulsos. Este proceso se encuentra mediado por la cultura, que influye en el comportamiento

del individuo por medio del proceso de socialización; éste se hace cargo de que los nuevos individuos de una sociedad –jóvenes y niños en desarrollo– aprendan lo que la sociedad dice respecto de la forma de actuar en el mundo y comportarse con las otras personas. Cultura en el sentido antropológico es la suma de lo que los miembros de una comunidad han aprendido a través de generaciones de experiencia social acumulada, incluye costumbres, gustos, habilidades, lenguaje, creencias y todos los patrones de conducta que forman parte de la vida social organizada.

Lo anterior ofrece distintas perspectivas, cuya diversidad es susceptible de ser unificada a partir de la relación que a continuación se presenta, en la que se hace pertinente incluir nuevos discursos que permiten develar la singularidad a partir del término individuo.

De esta manera cabe citar a dos autores que participaron en el coloquio que se celebró en Royaumont en 1985 sobre el individuo, para así precisar qué es el individuo, en qué momento aparece este concepto y cómo a partir de allí se logra aclarar la singularidad.

Francisco Varela considera “indiscutible que un ser humano, que posee un proyecto histórico y cierta autonomía de acción, es un individuo” (Coloquio de Royaumont, 1985); así este último rasgo fundamental se evidencia en la historia natural de la organi-

zación del ser vivo (organización biológica), ésta tal vez pueda explicarse por dos vías: Una sería el planteamiento freudiano que señala la existencia de un proceso intrapersonal que está ligado a funciones biológicas y es autónomo en la medida en que su desarrollo no es pasivo sino conflictivo en la interacción con el medio que busca dar privilegio a los instintos de ese Yo no civilizado.

Por otro lado, lo individual puede también ser entendido por la teoría piagetiana (Piaget, 1975) desde la epistemología genética, la cual trata de estructuras cognitivas que subyacen al desarrollo del conocimiento y guardan relación con las funciones biológicas. Dicha estructura se caracteriza por ser una totalidad no suma de partes, es decir, que es un sistema en donde la interacción de sus elementos sometidos a una serie de leyes y procedimientos confieren un desarrollo específico al todo a partir del cual adquiere sentido. De este modo podría decirse que es un proceso dinámico que se da forma a sí mismo y que no puede ser entendido a partir de cada elemento sino estudiando las leyes que rigen dicha actividad; esto se traduce en un cierre que le asegura su conservación y supone una autorregulación de la estructura.

Entonces, desde la teoría piagetiana (Piaget, 1975), el hombre es un organismo biológico, por lo cual todo proceso tiene un

fundamento biológico, pero al estar inserto en grupos sociales (condiciones históricas), surge una unidad entre el *pool* genético y el contexto sociocultural en cuya interacción se da una complejización de la estructura (constructivismo), pues el entorno proporciona una información que transforma la información interiorizada y a la vez lo existente modifica el nuevo material. En este caso se afirma un proceso que es netamente individual pues el punto de partida es el mismo (organización biológica autónoma que cuenta con algunas percepciones innatas), pero el punto de llegada estará marcado por las diversas experiencias a las que sea sometido el sujeto (proyecto histórico).

### El individuo en la Grecia clásica

Ingresando a la dimensión social está la definición de individuo que da Michael Foucault, citado por Jean Pierre Vernant en *El individuo en la ciudad* (Coloquio de Royaumont, 1985); aquí Foucault distingue tres ideas que cobijan el concepto, las cuales pueden ser asociadas:

1. El individuo se afirma como tal en la medida que posee un lugar en el grupo y posee autonomía que le da cierta independencia con respecto a este.
2. “La valoración de la vida privada, en relación con las actividades públicas”.



3. La individualidad se da en la capacidad del hombre de mirarse a sí mismo, para convertirse en objeto de análisis que le permite realizar un trabajo sobre sí mismo.

A partir de allí, Jean-Pierre Vernant propone una clasificación que facilita la comprensión del problema que se está planteando desde la Grecia clásica, que se consolida como la cuna del ser como individuo y sujeto:

1. El sujeto: “Cuando el individuo, expresándose en primera persona, hablando en su propio nombre enuncia rasgos que hacen de él un ser singular”.
2. Él Yo, la persona: “Conjunto de prácticas y actitudes psico-



lógicas que dan al sujeto una dimensión de interioridad y unicidad”.

3. El individuo: “*Strictu sensu*; su lugar, su papel dentro de su o sus grupos; el valor que se le reconoce; el margen de maniobra que se le deja, su relativa autonomía con respecto al marco institucional”.

De este modo surgen tres maneras de mirar el individuo en dicha ciudad:

- a. El individuo valorizado como tal, en su singularidad: En este caso se refiere a aquello que distingue a un individuo que supera su condición y títulos en el cuerpo social. El ejemplo que cita el autor es el del héroe y el mago; el primero se caracteriza por la singularidad de su “destino, el prestigio excepcional de sus hazañas, la conquista de una gloria que es bien suya, la perduración de su forma en la memoria colectiva a través de los siglos”. Esta figura singular se inscribe en la vida común que impone entonces un ideal guerrero. El mago también se diferencia de los demás por “su género de vida, su régimen, sus poderes excepcionales, que se convertirán en los elementos inspiradores de una corriente de pensamiento”.
- b. El individuo y su esfera personal: El ámbito de lo privado que se convierte en lo que no tiene que ser compartido y por ende pertenece a cada cual, esto se antepone a lo común que vendría a ser todas aquellas actividades y prácticas que son compartidas y no pertenecen a nadie en particular pero se hace necesario participar para ser ciudadano.
- c. “La emergencia del individuo en instituciones sociales que por su propio funcionamiento acabaron destinándole un lugar central”.

### Singularidad en las obras de arte

En este sentido, las luces que ofrece Jean-Pierre Vernant para la precisión de lo singular, pueden ser ampliadas por Paul Ricoeur desde el capítulo titulado *La experiencia estética*. Aquí el autor señala que la obra artística (pintura, música) es en sí misma un mundo singular, que logra ser entendida desde Grecia como una faceta del mundo en que está inmersa, es decir, que va más allá de ella misma y remite a un espacio donde el espectador se puede situar. Es así como la obra de arte en su singularidad (sentir y emoción del creador) libera en el espectador o quien gusta de ella una emoción análoga que poseía sin saberlo y que experimenta. Esto determina la comprensión de la obra, la cual depende de la capacidad de despertar en el espectador dicha emoción análoga, con la cual se prueba el sentimiento singular de una convivencia singular. Es así como en esta reciprocidad el arte se presenta como un mundo en sí mismo que se extiende más allá de él, pues como forma de expresión está cargada de signos y significados que se convierten en un texto escrito que exige para ser leído reconocer que es un mundo singular capaz de situar al espectador en un sentimiento análogo al de su creador. Por tanto es susceptible de universalizarse.

De este modo, luego del breve recorrido realizado por autores

que van desde la antigüedad a la contemporaneidad, haremos una primera aproximación a la definición del término singularidad, la cual servirá de base para el trabajo que se busca iniciar a partir de la pregunta problema.

### Singularidad

Características que distinguen a los sujetos en sus prácticas cotidianas, las cuales reciben la influencia del lugar que ocupe el sujeto en el grupo social (económica, roles sociales, etc.). Es decir que aunque podrían pensarse como las que otorgan el carácter de diferencia, a su vez insertan al sujeto en el contexto sociocultural al que pertenece; pues el conjunto de rasgos que caracterizan el desempeño de cada uno, de alguna manera indica la recreación de las formas de subjetivación donde el hombre ha aprendido a reconocerse como sujeto de las prácticas legalizadas por el contexto, las cuales están igualmente inscritas en este, ya sea como opciones compartidas o sancionadoras. Esto deja abierta la posibilidad de que la singularidad se vea influenciada por componentes primitivos de la personalidad que no desaparecen en el proceso civilizatorio.

### Función de la socialización en la construcción de la singularidad

Según estas ideas son la convivencia y la pertenencia al grupo las



que permiten construir lo singular o lo plural, lo propio o colectivo, en la medida en que se reconocen aspectos de identificación, si se tiene en cuenta que el ser humano desde su nacimiento está inscrito en un grupo determinado por el contexto social y cultural, el cual establece un mundo objetivado al cual debe adaptarse. En ese proceso de adaptación la familia como primer agente socializador es la encargada de transmitir saberes y

creencias legalizadas mucho antes de su llegada, las cuales constituyen una realidad objetiva que le ofrece el grupo al individuo que en él ingresa, esta está atravesada por códigos, referentes y acuerdos explícitos que adquieren significación en dicho espacio, a través del diálogo intersubjetivo. Como lo afirman Berger y Luckman (1975), lo anterior determina los modos de relación en los que se transmiten una cantidad de nociones, prescripciones y prohibiciones que hacen parte de la construcción social de la realidad.

Este proceso de interacción entre los sujetos otorga identidad, es decir, que la mediación social como lo explica Vigostky(1979), al ser gestionada por un otro entrega una conciencia impropia (conciencia de la cultura –interpersonal) que al ser interiorizada permite en esa construcción subjetiva como lo afirma Piaget resignificar y recrear aquello que compone su realidad, para que dichas construcciones simbólicas se adecuen a las condiciones de la realidad y así el sujeto pueda integrarse y reconocer su cultura.

Si se afirma que la singularidad es aquello que distingue al individuo más allá de sus roles cotidianos, pero que igualmente es una construcción que se da en el colectivo, será que la emergencia de singularidades particulares y colectivas como la de pequeños grupos, se estén viendo cada vez

con menos posibilidades de desplegarse en un sistema económico y social hegemónico encaminado a la producción material y que se instala como una súper estructura social que en el intercambio de saberes e ideales se apropian y modifican lo simbólico.

Autores como Manuel Castells (1999) apoyan este postulado, pues sus explicaciones hacen énfasis en la estructura como la que finalmente determina al individuo. De este modo no-cabría duda en afirmar que el sujeto al ingresar a un contexto sociocultural determinado, el cual ya posee una realidad para ofrecer a partir de la cual él se construye, que ningún individuo independiente de su rango en lo social se escapa de las relaciones de dominación.

En este caso, parece ser que el sujeto no puede ser entendido por fuera de su contexto sociocultural y/o por fuera de la lógica de la sociedad actual que se explica como una sociedad globalizada; pues él desde su nacimiento se inscribe en un grupo que le ofrece una realidad existente que ya no sólo obedece a un proyecto histórico particular sino a una serie de demandas mundiales que al no ser acogidas sancionan fuertemente con la exclusión.

Por consiguiente, el precepto de una psicología tradicional que trata de procesos unidimensionales que van de lo intrapersonal a lo interpersonal, se ve cuestionado

puesto que de alguna manera el individuo al estar inmerso en el grupo está sujeto a opciones según el contexto y, como se expuso anteriormente, a los intereses y pedidos de una sociedad globalizada que aparece como una nueva lógica de dominación del sistema, para la cual el hombre está preparado, como lo afirma Lipovetsky (1998), a través de la revolución tecnológica centrada en las tecnologías de la información. Así también está sujeto a las modificaciones que sufren los ofrecimientos del medio por la gran variedad de imágenes

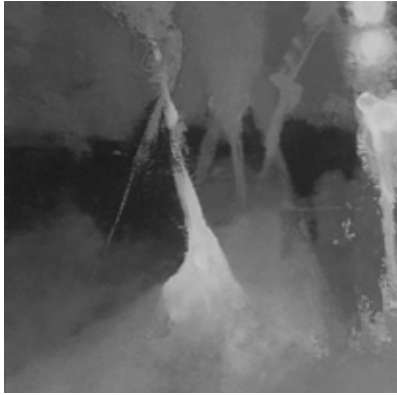


que se filtran o incorporan a las creencias e ideales específicos de cada cultura; por lo cual hay también un proceso que va de lo interpersonal a lo intrapersonal que nos hace comprender lo psíquico como una resultante.

En esta misma línea, Pierre Bourdieu (2000) propone una nueva vía para entender la relación existente entre lo social y lo individual, a través de su Teoría del Estructuralismo Constructivista, la cual afirma que existen estructuras objetivas (lineamientos que da la sociedad) y a su vez sujetos que transforman la realidad. Es decir, que él comprende la construcción de la realidad como un producto de lo objetivo y lo subjetivo.

Es así como lo social ofrece una serie de estructuras objetivas que él describe como esquemas de conocimiento que sirven de referente para la construcción de los sujetos; sin embargo, para él la sociedad no es un todo integrado sino que se encuentra conformado por un conjunto de campos, donde los sujetos se mueven y hacen uso de diferentes habilidades y/o comportamientos. Pues cada uno se constituye desde una lógica independiente de los otros, al plantear sus propios elementos normativos y marcos de percepción que orientan la acción de los sujetos a determinadas prácticas sociales. Lo anterior lleva implícita la idea de que los sujetos hacen construcciones variadas que dependerán del





lugar que ocupen en ese mundo social, que se verá atravesado por su estrato económico, nivel de escolaridad, raza, etc.; por lo cual los *Habitus* que hacen referencia a aquellas estructuras objetivas internalizadas, serán diferentes ya que es una apropiación diversa que puede ser transformada desde la capacidad creadora de cada sujeto. Esta tal vez podría ser la señal que Bourdieu (2000) ofrece para rescatar la singularidad del sujeto, la cual se mostraría como una serie de rasgos y características propios que surgen desde esa actividad creativa e imaginativa que recrea la realidad. No obstante, el mismo Bourdieu (2000) advierte sobre la posibilidad de que el esquema social no sea solo un esquema de conocimiento sino que pueden ser esquemas de dominación. De esta manera apelando a su texto “Una Imagen Aumentada”, él muestra cómo el orden social se perpetúa por la concordancia entre las estructuras objetivas y las estructuras cognitivas, es decir, que hay una estrecha relación entre la conformación del ser y la manera

como se presenta el mundo social, que hace que la manera de vivir la vida y las interacciones que allí se dan sean vividas y sentidas como naturales. Un ejemplo de ello es la división socialmente construida entre los sexos, de la cual se derivan prácticas, identidades y modos de relación orientados a ratificar el orden establecido: la dominación masculina. Es así como los ordenamientos simbólicos se inscriben tanto en la objetividad como en la subjetividad; pues las formas objetivas de lo social como las instituciones (familia, iglesia, escuela), tienen como misión ordenar y estandarizar a los individuos para adaptarse a la realidad objetiva, a través del ofrecimiento de una serie de cánones y parámetros establecidos, los cuales están encaminados a legalizar y perpetuar dicha realidad y garantizar la organización de los individuos en ella.

En consecuencia, donde el poder mejor cumple su función es en lo cotidiano, pasando por la acción, la palabra y a través del cuerpo mismo donde el poder se materializa en la manifestación de lo que él denomina como Violencia Simbólica, por lo cual el cuerpo es sometido constantemente en esa construcción sin que sea sentido como una agresión; así entre muchas está: la indicación a la mujer de cómo deben ser sus posturas, la importancia de acrecentar en ella una actitud moral aceptable en la

sociedad y el fomento del pudor que va más allá del atuendo, pues podría decirse que la “liberación” en las prendas, de alguna manera está destinada a complacer al macho. Entonces dichos esquemas funcionan como marcos de percepción de pensamientos y acciones de poder que hacen que la relación de dominación parezca natural.

### Singularidad y educación

¿Cuál sería entonces la función de la institución educativa en la construcción de la singularidad de los individuos?

Ya que las instituciones tienen como misión ordenar y estandarizar a los individuos para adaptarse a la realidad objetiva, la educación formal complementa las primeras experiencias educativas que proporciona la familia, pues esta institución ofrece y perpetúa cánones y parámetros establecidos en los cuales se desenvuelve el niño, es decir, que la institución educativa como instancia de refuerzo está supeditada a ciertas susceptibilidades de clase. Así la institución educativa tiene como función principal legalizar esa realidad y garantizar la organización de los individuos en ella, a través del orden y el control.

Para ello las instituciones educativas se constituyen y se construyen a partir de acuerdos explícitos legales escritos los cuales se disponen por medio del currículum al ordenar sus objetivos y estrategias para garantizar la

enseñanza escolar (qué, cómo, para qué), con el fin de iniciar a los individuos en el mundo social y su incorporación a la comunidad, lo que implica que en el proceso de enseñanza el individuo no solo hace suyos conocimientos intelectuales sino los significados que orientan la vida de los miembros en la participación de conductas y manejo de situaciones (resolución de problemas, manejo de la autoridad), que cobran sentido en ese contexto y a su vez le concede el reconocimiento como miembro de la comunidad. De esta manera, la educación se convierte en un mundo de relación organizado que garantiza que las sociedades orienten sus objetivos e intereses en la construcción del sujeto.

En este sentido cabría pensar desde Pierre Bourdieu (2000), la educación como un campo que plantea sus propias reglas de juego y marcos de percepción que orientan la acción de los sujetos; que de alguna manera pareciese que ofrece la posibilidad de cambiar la realidad para acceder a una mejor con mayores beneficios pero que contrariamente se ubica como uno de los más grandes fraudes de toda sociedad, más específicamente en la sociedad actual colombiana, donde el paso por una universidad no garantiza en absoluto un porvenir asegurado, ni mucho menos el acceso a esferas a las cuales se aspira; pero paradójicamente su prestigio es cada vez mayor, por lo

cual el acceder a ella es todo un privilegio y por ello los esfuerzos humanos se centran en dicho objetivo

Por consiguiente, es válido situarla como una representación social. Esta, según Serge Moscovici, es una muestra de que la realidad se construye colectivamente, pues una representación social es una forma de saber, es un saber del sentido común, socialmente elaborado y compartido, que tiene una orientación práctica y contribuye a una construcción de realidad común a un conjunto o grupo social.



De este modo la educación, a pesar de no ofrecer realmente lo que promete al incluirse en la dinámica contemporánea, pues apela a la diferencia o rescate de las diversas individualidades, porque su misión y su visión contemplan a un determinado sujeto (tal vez como gancho publicitario), se muestra como parte fundamental en el mundo social; por lo cual es vivido como un proceso natural al que todo individuo debe aspirar para ingresar a niveles más

elevados de evolución. Así esta especie de metamorfosis es un saber aprobado y compartido por el grupo, por lo cual es integrado a la realidad como señal de los más grandes deseos del hombre que se han visto frustrados en la historia de la humanidad.

En este sentido, cabría decir que el sujeto no puede escapar del sistema porque no existe una toma de conciencia, es decir, que hay una especie de ignorancia frente a la dinámica del sistema, que se convierte en cómplice y contribuye a la legalización y perpetuación de la misma. Pero, Pierre Bourdieu (2000) diría que es precisamente a través del acto de conocimiento y de reconocimiento que se da esa complicidad o aceptación de una relación de dominación. Así pues, la lógica de dominación no es una simple representación mental, sino un “sistema de estructuras establemente inscritos en las cosas, en los cuerpos y en los hábitos de sus agentes” (Bourdieu, 2000). En otras palabras, para comprender mejor la tesis de Pierre Bourdieu habría que entender el poder como lo explica Foucault (1984), quien afirma que el poder ya no puede seguir siendo visto de manera negativa como represión, coerción o exclusión, sino como creativo y productor de realidad social. Por ello, el poder hay que entenderlo como una red que se extiende a todos los ámbitos donde se construye el sujeto, determinando lo que

cada época puede y debe no solo hacer sino ver y decir; así que el poder es transversal y constitutivo de lo humano.

En consecuencia, se da lo que Foucault (1984) denominó dispositivo, que es la manera como se organiza la tríada saber- poder-verdad en la modernidad, para actuar de manera más difusa, y es entendido por él como; “una organización simbólica y material que dispone lo que se debe ver, decir, hacer y saber”. Lo cual plantea una microfísica del poder que significa que este está atomizado y por tanto existen diversas instancias donde se ejerce el poder.

Esta se convierte en marcos de referencia a partir de la cual se construyen los sujetos; así, sus maneras de actuar y pensar se espera que estén de acuerdo con los parámetros preestablecidos, pues se convierten en formas de subjetivación donde el hombre ha aprendido a reconocerse como sujeto de las prácticas allí legalizadas, las cuales repercutirán en los modos de relación y en su futuro desempeño.

Por consiguiente, la institución educativa puede entenderse como un dispositivo que se vale de la disciplina para lograr sus objetivos, a través de diferentes formas de poder como la regla, la institución, la orden, la tarea. Esta se mezcla en el discurso para suavizar y hacer imperceptible la imposición de aquellas conduc-

tas que privilegia la institución académica; por ejemplo lo que anteriormente designaban reglamento (remite a la palabra regla: algo dado inflexible que no se puede transgredir) aquel libro que guardaba una normatividad, un modo de ser y comportarse en la institución ahora se llama “manual de convivencia” que indica o sugiere unas formas de relación que garantizan desenvolverse en un ambiente relacional agradable, pero no suena como una exigencia o una imposición.

Por otro lado, la tarea que se emplea aun ahora, busca reforzar lo aprendido en las clases, lo cual requiere de referencias previas que actúan como parámetros o derroteros que indican cómo presentarla (lo bello, el orden, el contenido, que suele ser una repetición). Muchas de ellas se basan en la instrucción del profesor, sin embargo cabe preguntarnos ¿Cómo pasa esto del discurso a la práctica?, ¿Cómo o porqué es asumido por los estudiantes?

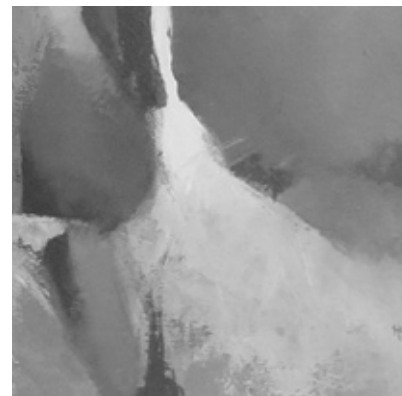
La respuesta podría ser que el alumno busca reconocimiento por parte del grupo, en este caso el escolar, así puede ser admirado por compañeros, directivos y profesores y ganar premios o recompensas que le confieren orgullo.

Esto hace pensar que el niño opera en pro de una ganancia y no por la construcción de un proyecto de vida, lo cual corrobora la identidad del ser que caracteriza

al hombre contemporáneo, que refuerza la individualización y lo aleja del principio de comunidad.

Pero ¿qué pasa con aquellos que muestran resistencia y transgreden el orden establecido? Ellos también obtienen el reconocimiento del grupo siendo designados como “alumnos problema” o “líderes negativos” quienes se hacen acreedores de sanciones y castigos que ratifican que el sistema no prevé la diferencia entre los sujetos y que a pesar de ser un proceso contundente este no es determinante.

Estas actúan primeramente en el cuerpo pues estos llevan en sí las marcas de la disciplina: gestos, movimientos, posturas, las cuales entre otras se convierten en indicadores que señalan que la lógica ha sido internalizada. Pues estas formas de poder, que no son fácilmente cuestionables o eludibles porque en ellos convergen la verdad y el saber del que los impone: el maestro, el jefe, el padre; cuya posición en algunos casos endiosados que les otorga el saber que poseen de alguna manera





les da la facultad o el privilegio de orientar acciones.

En otras palabras, las instituciones educativas entendidas como dispositivos reproducen la lógica panóptica a través de prácticas tan cotidianas como la disciplina. Este, según Foucault (1984) es un método de control minucioso sobre las operaciones del cuerpo que garantiza la sujeción constante de sus fuerzas y le impone una relación de docilidad- utilidad, poniendo de manifiesto que en el cuerpo se materializa el poder.

De este modo, la disciplina logrará entrenar corporalmente a los sujetos para obtener de ellos el mayor beneficio social, en la medida en que son aptos para cumplir a cabalidad con las exigencias conductuales y de movilidad sin oponer resistencia. Además, la disciplina distribuye a los individuos en el espacio, exigiendo clausura en un lugar diferente a los demás, cerrado sobre sí mismo; por ello el espacio disciplinario puede dividirse en tantas parcelas como cuerpos o elementos que repartir hay.

Esto está encaminado a establecer las presencias y ausencias, permitir comunicaciones útiles y restringir las que no lo son, vigilar la conducta para apreciarla o sancionarla; es un procedimiento para conocer, dominar y utilizar. Esto es posible por el panoptismo que caracteriza las construcciones y disposición de seres y enseres en el aula de clase. Por ejemplo: Los salones en los que la plataforma en la que se ubica el maestro marca una diferencia con los alumnos que se podría leer como su inferioridad respecto a éste, la presencia de calados que permiten la observación desde los pasillos, los pupitres ordenados por filas separadas, y el llamado de asistencia.

La disciplina en la educación permite controlar a cada uno y su trabajo al asignar lugares individuales, pues la ubicación y distribución de los alumnos en el aula está caracterizada por la clasificación de acuerdo con la atención, el buen rendimiento, el comportamiento, entre otros, a partir de esto se establece una jerarquía y un sistema de recompensas o castigos (Carita feliz, carita triste, lo cual sigue indicando que realiza la tarea por un logro). Orden y dominio a través del control de la actividad que constituye una guía para el desenvolvimiento de los sujetos en la institución: qué hacer al llegar, formar filas, orar, sucesión de las horas de clases, descanso (en ocasiones con actividades pro-

gramadas), retorno al aula hasta la salida; todo elaborado de acuerdo con tiempos establecidos: hora de entrada, hora de salida, duración de las clases y el descanso anunciado por un timbre o campana.

Implementación total del tiempo en la producción o “actividades productivas”, por tanto disminución o extinción del tiempo libre o “tiempo de ocio”. Esta manipulación del cuerpo lo convierte poco a poco en un objeto que puede ser colocado o movido por otros, pues no depende de sí mismo sino de lo que los demás determinan.

Esto quiere decir que los modos de relación humana que están definidos desde la misma institución por medio de normas y prescripciones específicas, buscan desencadenar un orden que eduque el cuerpo para organizarlo y desarrollar o fomentar en él ciertas habilidades, cuyo fin último es la obtención del sujeto obediente y productivo. Así esta conciencia impropia (conciencia de la cultura) como la denomina Vigotsky (1979) al ser interiorizada dará lugar, como lo indica Foucault, a “Formas de subjetivación donde el hombre ha aprendido a reconocerse como sujeto de ciertas prácticas que determinan sus formas de interacción consigo mismo y con los otros” (Foucault, 1996), permitiendo la legalización de un orden y a su vez su continuación.

En este sentido cabría pregun-

tarse: ¿Qué pasa con los nuevos modelos educativos contemporáneos, los cuales apuntan cada vez más a la personalización de la educación, sustentándose en el postulado de que cada ser es único?, ¿Será que siguen contemplando al sujeto obediente y productivo en sus propuestas? ¿O debido al desarrollo tecnológico se hace pertinente incluir en la discusión el sentido que da el hombre a la tecnología para entender cómo la construye y cómo se subjetiva a ella? Con el fin de percatarse cómo el despliegue de lo masivo y lo tecnológico modifican significativamente la emergencia de lo individual, y por tal motivo cuál es el tipo de sujeto que se privilegia en la contemporaneidad.

Desde la lectura que realiza Lipovetsky (1998) a la contemporaneidad en los dos primeros ensayos sobre el individualismo contemporáneo, hace unas denuncias sobre el sueño del sujeto autónomo.

Este según su lectura es solo un ideal resultante de la construcción social que vende la idea de liberación, pero en realidad es una nueva forma de control de los comportamientos, la cual está impregnada de ideales y supuestos que apuntan al mantenimiento y/o prolongación del sistema capitalista que se sustenta en una ideología del consumo; lo anterior cuestiona que la sociedad de consumo y el movimiento masificante

que de allí proviene reivindique la singularidad.

En este sentido, se puede entender que la perturbación o alteración de la sociedad reflejada según Lipovetsky (1998): en la decadencia de las instituciones, de los sistemas simbólicos, roles e identidades tradicionales; la culminación de la socialización disciplinaria; el surgimiento de la cultura hedonista y la emergencia de modos de relaciones interpersonales dominados por un lado por la permisividad que acaba con toda autoridad y por otro lado por el narcisismo que invita a un individualismo, a un ensimismamiento; serían los síntomas de una época despojada de todo sentido, pero que paradójicamente está desligada de todo infortunio o desgracia y se convierte en la manera perfecta de organizarse y orientarse a una sociedad para que sostenga el sistema socioeconómico reinante.

Dichas características de las sociedades contemporáneas se dan a partir del proceso de personalización como una nueva técnica de control que se extiende a todas las esferas de la organización social; por medio de lo que Lipovetsky denomina “la seducción continua”



(Lipovetsky, 1998), la cual persuade y dirige sutilmente la vida de los individuos apostándole al ideal posmoderno en la regulación “del consumo, las organizaciones, la información, la educación y las costumbres”, que apuntan a la eliminación de la socialización disciplinaria para elaborar una sociedad flexible, centrada en los mecanismos individuales, pero que no tiene otro fin último sino el de la alienación disfrazada de singularidad, como una nueva manera de engaño que garantiza el manejo de los comportamientos en función de una sociedad que no cesa de manipular a su antojo.

Es así como la seducción aparece como la estrategia de ese proceso, que ya no se identifica con los modelos rígidos tradicionales sino que se orienta a un modelo más “humano”, es decir, que la metodología de esto apunta a convencer a los individuos de la posibilidad que poseen de ser “libres y autónomos” en sus elecciones y decisiones para cumplir con los objetivos del nuevo sistema que de alguna manera somete a los individuos a través de su trabajo, su tiempo libre, sus gustos o sus preferencias a una esclavitud que garantiza el mantenimiento de este, convirtiéndose así en un círculo vicioso.

Esto puede ejemplificarse mejor en dos de las representaciones más evidentes de la seducción: la sociedad de consumo y el paradigma psicologista.

En primer lugar, la sociedad de consumo se convierte en la expresión más clara de la estrategia de la seducción, la cual logra a través de su símbolo más representativo: la publicidad, irrumpir en los espacios más recónditos. Esta promueve un crecimiento ilimitado de opciones e informaciones que parecen imparciales; pero su función está muy lejos de ello, sin duda es una información unilateral que posee una orientación específica y es la adaptación de la demanda a la oferta y viceversa, estos mecanismos reguladores que operan al servicio de la economía favorecen el consumo al conducir los comportamientos de los individuos en función de la política económica.

En este caso, el contenido simbólico de la sociedad de consumo, es incitar y privilegiar la diversidad y la convivencia de la contradicción en un mismo contexto, o mejor, en un mismo individuo; por lo cual es llamado a vivir en un solo cuerpo la medida y la desmesura, que le permiten liberarse de estereotipos para

construir un sí mismo centrado en sus sensaciones, en sus ritmos que al ser susceptibles de variaciones, modificaciones y contradicciones, lo invitan a explorar cada vez diferentes caminos expuestos en su ambiente que le aseguren llevar a la acción su deseo de “sentir”.

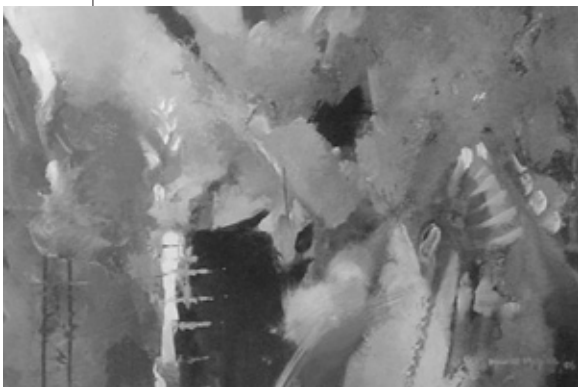
En segundo lugar, el paradigma psicologista se presenta como otro aspecto de la estrategia, que consiste en la tendencia de psicologizar al individuo; aquí se intenta la aceptación de la diferencia y por tanto “la cultura psi, estimula a ser “más” uno mismo” (Lipovetsky, 1998).

En este caso la educación, antes autoritaria, se vuelve flexible y permisiva, atenta a los deseos de los educandos que se fundamenta en el respeto y la tolerancia por las diferencias individuales. De esta manera la educación se convierte en un pretexto para que las sociedades orienten sus objetivos e intereses en la construcción del sujeto; para lo cual las instituciones educativas organizan sus fines y estrategias que determinan modos de relación atravesados por códigos, referentes, símbolos y acuerdos, que permiten legalizar esta realidad y garantizar la adaptación de los individuos a ésta. Para tal fin dichos modelos educativos generan sistemas de control para que se cumpla con el orden de esta, en la estimulación y desarrollo de habilidades y comportamientos que privilegia la sociedad.

Por consiguiente, la educación en la contemporaneidad aporta a que la construcción social del sujeto autónomo se mantenga: a través de la entrega de la responsabilidad al individuo; en el fomento y reconocimiento de las diferencias individuales, lo que los lleva a reestructurar constantemente los modelos para que cada vez sean más personalizados y por tanto deban excluir la disciplina rigurosa tradicional; en la aceptación de diversidad de valores por lo cual se anulan prototipos ideales.

Sin embargo, este respeto por la singularidad subjetiva no es tan propio, pues estos son mecanismos de control que aseguran que el sujeto en su ingenuidad la conforme a partir de esa realidad ya construida para que implícitamente haya una homogenización que parte de la ideología individualista que introduce múltiples estilos de vida ligados a la revolución de consumo; que explicita la liberación de la capacidad y el deseo de consumo.

Todo ello trae como consecuencia una creciente indiferencia por saturación de información y exceso de permisividad que se manifiesta paradójicamente en el aburrimiento y la apatía escolar; que no solo obliga a los individuos a probar cada vez nuevas formas u opciones que ofrece “el imperio de lo efímero” a través de la diversidad impartida por la sociedad de consumo, que nuevamente nos

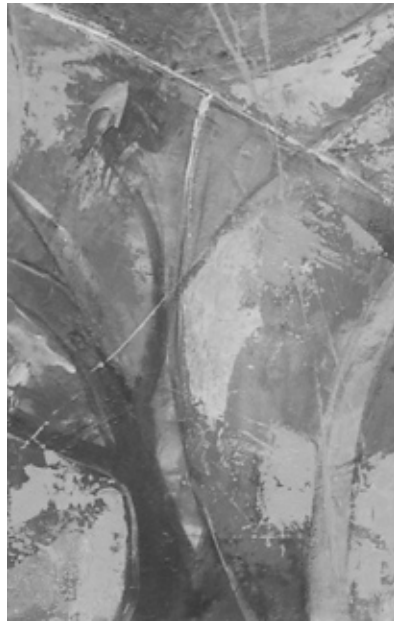


habla de la liberación de la compulsión consumidora, sino que dichas elecciones en cualquier nivel no están sustentadas en el compromiso.

Debe especificarse que la escuela como agente socializador y grupo social, está encargado de formar a los individuos privilegiando aquellas actitudes y aptitudes que favorecen la continuidad del sistema social, político y económico reinante. En este sentido la educación es un reflejo de la dinámica social y la realidad objetiva particular en la cual está inmerso el individuo. A esto debe agregarse que la rápida difusión de los acontecimientos mundiales por medios de comunicación masiva ofrecen un gran cúmulo de datos que contienen modelos diversos de vida y comportamiento.

De este modo, la educación formal e informal está encaminada a construir la identidad que lejos de representar una opción personal y única refiere la filiación y pertenencia al colectivo que ante la gran diversidad que coexiste sin exclusión hace cada vez más difícil definir y abordar al sujeto como una entidad estable y concreta.

La desaparición de la autoridad y el prestigio de los educadores y la pérdida de poder de las instituciones en general, que antaño fueron los modelos y pilares de la sociedad, repercute en las relaciones interpersonales que entran en crisis ante la amplia libertad o el



libertinaje que impide reglamentar y controlar el comportamiento individual y social, como lo hacía antes a través de patrones de conducta generales.

Lo anterior es evidente en el cambio del pénsum académico con el paso del tiempo, pues originalmente incluía la Urbanidad de Carreño, la Constitución y religión por medio de las cuales se ejercía control homogenizador sobre los individuos, obligándolos a respetar instituciones y personas superiores y por lo tanto intachables. La grandeza del maestro y del Estado impedía dudar o cuestionar su palabra o sus obras.

El cambio constante y la búsqueda de novedad impulsados por la ciencia y la tecnología repercute también en el ámbito educativo, generando propuestas cada vez más diversas que buscan responder a la demanda social, esta es la preparación para desempeñarse

en el futuro como un piñón más de la gran maquinaria del sistema capitalista y por ello se anuncia la educación personalizada, holística, bilingüe, con énfasis en sistemas o estimulación de habilidades individuales y grupales que garanticen un buen desempeño laboral.

Se privilegia la desestandarización, el maestro como facilitador, el alumno activo, la experiencia, el contacto con la realidad, las salidas a lugares que complementen la enseñanza del aula y todo esto obedece a un marcado interés y afán por atraer la atención de los sujetos e insertarlos en sus propuestas, más aún, anuncian el redescubrimiento de los valores que no son más que la vuelta al pasado para lograr una sensibilización ante el regionalismo, la ecología y la espiritualidad como modos de reencuentro consigo mismo, pero esto solo es posible en la medida en que se reconozca y se afilie a uno o varios grupos.

Es cada vez más común la imposición de lo efímero e inmediato que se hace evidente en los medios masivos de comunicación, los cuales transmiten un sinnúmero de acontecimientos que son desplazados rápidamente por otros nuevos al ser presentados como insólitos o espectaculares acaparando la atención de los espectadores; del mismo modo en la educación, la adquisición del conocimiento está determinada por lo interesante o novedoso,

que se espera sea solucionado con la importación de proyectos cuya implementación acarrea resultados inciertos y alejados de lo esperado, pues la falta de adecuación al contexto no permite la construcción de significados que los hagan útiles para la vida; además ante la carencia de sentido (nada que decir) el estudiante cae en el aburrimiento y la apatía, mostrándose escéptico ante el discurso del docente y a la vez incapaz de inyectar sentido con su participación.



Pareciera evidente la posibilidad de vivir sin objetivo en el sin sentido, sin embargo la sociedad de consumo estimula y causa curiosidad instantánea al imponer metas o estilos de vida ligados a lo material, el futuro entusiasmo a quien espera poseer; por ello la educación es sólo un camino para adquirir bienes materiales, no se habla de la ética o el compromiso con el otro. En la posmodernidad se privilegian

las expresiones individuales en apariencia, como tatuarse o teñirse el pelo (originalidad, singularidad, incluso la soledad) pero no son más que otro modo de masificar, pues inconscientemente impera el afán por pertenecer para llenar los inmensos vacíos de una existencia sin sentido que solo encuentra como respuesta la relajación: una desconexión del individuo a lo social y con ello el descompromiso.

Sin embargo, ante esta fatalidad aparecen lecturas que aplauden la caída de las sociedades disciplinarias. Pues, los modelos educativos en el esfuerzo de elaborar una serie de normas y pautas que buscan insertar a ese cuerpo en determinados cánones, ya que se vuelve amenazante para una realidad que se desea construir a partir del discurso racional, no alcanza a garantizar a cabalidad sus preceptos teóricos y finalmente por el hecho, como se señala, de estar conformado por seres humanos, lo que se gesta bajo ese discurso son las formas de relación más abstractas y profundas del medio sociocultural al cual se pertenece y que siempre están de pelea con el “deber ser”.

De este modo, la reflexión que hace Maffesoli (1996) sobre lo cotidiano busca abrir la posibilidad de pensar sobre todo aquello que no se atreven las personas a indagar sobre ellas mismas, a pesar de su importancia, tal vez por el temor que genera preguntarse por

acontecimientos que se escapan de un marco explicativo que se sustenta en la razón. De este modo, se encuentra el hombre en un primer momento con su perspectiva; esta es calificada por él a diferencia de autores tradicionales, como factor esencial de la vida social; pues, cuestiona fuertemente al individualismo e invita a la superación de éste. Desencadenando así un nuevo fenómeno que responde a la fusión del individuo en la masa, en donde él ya no es más dueño de su voluntad, debido a que en estas prácticas se da un especial privilegio a la función emocional y a los mecanismos de identificación.

Esta fusión del yo en el colectivo da pie al surgimiento de lo que él ha denominado las prácticas dionisiacas, donde se da un fuerte componente de lo orgiástico, el cual busca a través de la desmesura escaparse de toda domesticación y de la realidad que se caracteriza por la tendencia a positivizar todas las cosas, ya que en este mundo guiado por el discurso racional no se le concede un lugar a las fuerzas de goce.

Es así como Maffesoli (1996) reconoce la necesidad de que en todo grupo social se le dé cabida a actividades orgiásticas, pues de alguna manera permiten la estructuración social dirigida hacia el fortalecimiento de los vínculos simbólicos de toda sociedad. Debido a que se le da lugar a lo primordial para el hombre: “el



vivir en común”, donde el desvanecimiento del individuo en el colectivo le permite a los sujetos allí inmersos sortear y afrontar tanto las adversidades naturales como las imposiciones sociales, mitigando lo trágico presente en toda situación cotidiana. Por lo cual, al no contar los individuos con espacios que les permitan expresar de modo colectivo todo aquello que parece estar en el orden de lo “patológico”, pero que más allá del síntoma cabe ser pensado en sí mismo como “saturación de conjunto de valores desgastados”(Maffesoli, 1996) implementados en el proceso civilizatorio; se pueden presentar fenómenos de autodestrucción puesto que no se le da lugar al grupo para que se reconozcan como humanos poseedores de unas mismas pasiones, que son necesarias canalizar por diversas vías para el bienestar de la comunidad.

Por ello Maffesoli (1996) celebra entusiastamente la sociedad hedonista, permisiva y relativista, lo cual acepta la pluralidad de valores y la convivencia armónica de estas. Un ejemplo de dichas prácticas dionisiacas de tipo “híper” que permiten al colectivo transgredir simbólicamente el orden establecido y crear un nuevo orden que ratifica la preeminencia del colectivo sobre el individuo, las ofrece la sociedad de consumo. Esta permite activar mecanismos de identificación a través de los cuales se legalizan situaciones, for-



mas de proceder y pensar, insertas en un mundo simbólico a partir del cual los sujetos pueden liberar todo aquello que está de pelea con el “deber ser”, sin necesidad de entrar en conflicto con los lineamientos de la sociedad.

Por lo cual la sociedad de consumo no solamente cabe entenderla como la posibilitadora de esta relación de dominación, sino por qué no pensarla como espacio de fuga que ha permitido al sujeto expresarse a través de las construcciones colectivas, ya sean movimientos religiosos o grupos de rock, o tal vez otras tendencias musicales que imponen estilos de vida como el techno, el trance o el hip-hop; o a partir de muchas de ellas que tal vez dicen más de la variabilidad humana, la cual puede llegar a ser un indicador de cómo se construyen singularidades en la contemporaneidad caracterizadas por la maleabilidad y la transfor-

mación. Así mismo se dan prácticas que se catalogan de tipo “hípo”, pero que igualmente ofrecen estos espacios de disipación masiva que acoge la disipación individual, como es el derecho a no votar que justifica la no participación política, entre otros.

Estos modos de relación, característica de la posmodernidad, son una manifestación de la masificación del hedonismo; lo cual indica un colectivo dominado por las fuerzas dionisiacas, donde prevalecen las conductas desmesuradas que se presentan caóticas y desordenadas, y son dirigidas a aniquilar al individuo para eliminar límites que permitan la unión del hombre con la naturaleza y así logre redimirse en un sentimiento de verdadera unidad, que escapa a esa armonía excesiva que proviene de una de las potencias artísticas que brotan de la naturaleza misma: lo apolíneo donde se fijan los límites y se da relevancia al principio de individuación.

De esta manera Maffesoli (1996) hace pensar que la crisis de la modernidad disciplinaria se instala con la irrupción de los valores dionisiacos inspirados por la misma sociedad de consumo poscapitalista porque es a partir de la lógica pasional donde se rompe el mito prometeico que destaca un hombre sacrificado e individualista pues ya no necesita del otro para conseguir fuego y lo envuelve a la manera de Dionisio



en una diversidad de interrelaciones donde cobran relevancia los vínculos simbólicos, lo cual no tiene lugar en los modelos educativos disciplinarios y normativos. De este modo parece que Maffesoli (1996) desde su planteamiento no prevé la posibilidad de descartar singularidades individuales únicas e irrepetibles, sino que tal vez diría que todas ellas son susceptibles de generalizarse, pues es allí donde verdaderamente cobran sentido.

Con ello necesariamente se tendría que pensar acerca de una singularidad colectiva, que no da cuenta de los roles establecidos por la cultura puesto, que hay una disputa con el “deber ser”, sino de maneras de transgredir ese orden promedio de las posibilidades que ofrece el mismo contexto sociocultural, lo que indica que lo dionisiaco es la base de la singularidad que varía de un grupo a otro y se expresa en la diversidad

posible que ofrece la posmodernidad. Por lo cual es válido definir lo orgiástico como forma que “refleja situaciones inapreciables de la vida social” (Maffesoli, 1996), las cuales “permiten comprender una multiplicidad de situaciones que, por estar bien definidas, escapan en buena medida a la exigencia moral” (Maffesoli, 1996), como podría ser el chiste o el juego.

Entonces, un mundo constituido desde la lógica dionisiaca ¿sería el espacio ideal para que se construyan los individuos como seres singulares?

Nietzsche (1997) invitaría a pensar la singularidad como construcción compleja y diversa donde no solo convive lo dionisiaco como diría Maffesoli (1996) sino también lo apolíneo, por lo cual ambas lógicas se hacen necesarias. Tal vez el conflicto radica según su perspectiva en la preeminencia que se otorga a una sobre la otra.

Así Nietzsche (1997) a través de su obra *El nacimiento de la tragedia*, enuncia su lectura sobre la tradición occidental ofreciendo una mirada nueva y enriquecedora del mundo griego a través de su obra de arte cumbre: *La tragedia*, la cual es analizada y cuestionada desde su origen hasta su desaparición, ante el nacimiento y crecimiento del pensamiento lógico.

A partir de allí Nietzsche (1997) encuentra insumos para explicar los fenómenos artísticos y sociales posteriores que de algún modo son la causa del empobrecimiento cultural del ser humano. El autor, a través de su obra nos enseña una nueva manera de concebir el mundo que se evidencia claramente en la tragedia griega: El pensamiento trágico, entendido como “la intuición de la unidad de todas las cosas y su afirmación consiguiente: afirmación de la vida y de la muerte, de la unidad y de la separación” (Nietzsche, 1997). Con ello nos dice que todo es uno y que lo único que ha hecho el hombre moderno desde Sócrates es aniquilarlo a partir de las individuaciones y del olvido del pensamiento trágico mediante el optimismo característico de la ciencia, por lo cual “la vida es dolor y sufrimiento: el dolor y el sufrimiento de quedar despedazado lo uno primordial” (Nietzsche, 1997). La tragedia es entonces el encuentro de esos contrarios: Apolo y Dionisio, que como potencias artísticas logran

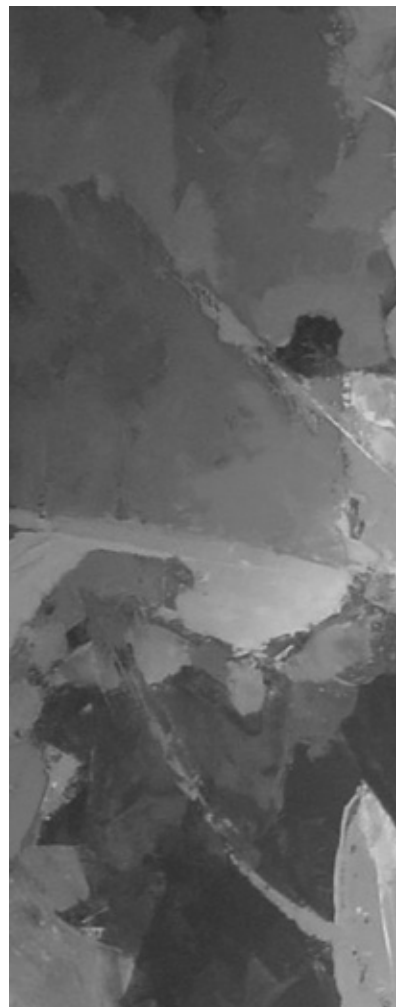
dar cuenta de un principio de individuación y la unión con el todo o “lo Uno primordial” como sensaciones que hablan de un sí mismo que se pierde en el colectivo, en esa embriaguez de lo dionisiaco donde el sujeto desaparece. Es primordial en su discurso el reconocimiento de esa totalidad (representada en la figura de Dionisio) que se desintegró en individuos y la importancia del mito como un modo de explicación y conocimiento que mantiene la unión con el todo a la vez que invita y permite la creación y transformación del mundo simbólico por parte del hombre.

De esta manera, Nietzsche (1997) sustenta su tesis a partir de la tragedia griega, en la cual evidencia la relación del griego con el dolor y lo enigmático de la existencia, que eran comprendidos y explicados a través del mito para así darle un lugar y convivir con él, sin ser negado como busca hacerlo la racionalidad y la logicización del mundo, sino por el contrario, en la inclusión de la dinámica cultural.

Pero, ¿cómo se entiende la relación del pensamiento trágico y la tragedia griega? Nietzsche (1997) habla en su obra de la existencia de dos fuerzas antagónicas que marchan juntas en continua discordia y de cuya pugna brotan frutos que perpetúan dicha antítesis: lo apolíneo y lo dionisiaco que son mostrados de una manera maravillosa por la “voluntad” helénica en la tragedia ática.

Estas dos potencias artísticas que brotan de la naturaleza se definen así: lo apolíneo como principio de individualización, es la creación de imágenes por el hombre, de donde resulta el mundo de las apariencias que se muestra armónico, con límites en las formas y medido, el cual busca acallar esa otra realidad que parece caótica.

En lo dionisiaco el hombre ya no es más un creador sino una obra de arte, en cuya unión con la naturaleza lo subjetivo desaparece hasta llegar al completo olvido de sí, lo que permite renovar la alianza entre los seres humanos que ya no son más esclavos de sus creaciones (mundo de las apariencias), sí



libres para fundirse en la desmesura, la embriaguez y el desenfreno sexual que les permite identificarse con el Uno primordial, con su dolor y su contradicción.

El rescate de lo dionisiaco pone en él una nueva valoración; ya no será visto como lo negativo amenazador del orden por su desmesura y desenfreno, por el contrario, será un creador y un renovador en la medida en que transforma a la muchedumbre en genios naturales renovados, en sátiros: figura que sintetiza a su dios y al macho cabrío; en lo dionisiaco los participantes pueden al unirse y olvidar su individualidad justificar y disfrutar su existencia encubriendo el horror y el espanto que ésta conlleva en los magníficos dioses olímpicos.

Estos dioses escapan a cualquier creación humana que intente dar cuenta del mundo y de sí mismos, pues son dioses completamente humanizados, vanidosos y sexuados, imperfectos y sensibles al amor, el odio y el placer; en ellos el hombre enaltece sus cualidades y sus defectos, por ello no debe alcanzar la perfección a través de la santidad o la negación de su corporalidad, todo lo contrario. Esta creación alimenta el mundo mítico que no se asume como camisa de fuerza para controlar su pensamiento y sus actos, sino como marco explicativo, pareciesen musas que iluminan su entendimiento.

Lo dionisiaco y lo apolíneo, a pesar de ser diferentes caras de una misma moneda, vislumbran a un pueblo que “conoció y sintió los horrores y espantos de la existencia” (Nietzsche, 1997), y por ello a partir de la necesidad de convivir con dicha angustia busca a través de esas fuerzas dar vida al mundo olímpico, para poder seguir viviendo pues estas creaciones les permitían incluir sus vivencias humanas en un mundo mítico que como regulador social incuestionable las justificaba. Esta misma necesidad es la que le da origen al arte y específicamente a la tragedia griega, la cual recurre a lo mítico para mostrar las tensiones en que se mueve la existencia humana; en ella se incluye el pensamiento trágico que es “la aparición del conocimiento de que el mundo, la vida no puede dar una satisfacción auténtica y por lo tanto, no son dignos de nuestro apego” (Nietzsche, 1997).

Más aún ¿de dónde surge la tragedia? La tragedia surgió del coro trágico entendido desde la explicación de A. W. Schelegel citado por Nietzsche (1997), quien considera al coro como “un compendio y extracto de la masa de los espectadores, como el “espectador ideal””, el cual veía lo que tenía frente a él no como una obra de arte sino como una realidad empírica, que deja que actúe sobre ellos de manera corpórea y empírica y lo aísla del mundo real. Por tal motivo Nietzsche



che (1997) afirma que la tragedia al erigirse desde este fundamento no puede seguir pensándose como la representación de la realidad sino como “un mundo dotado de la misma realidad y credibilidad que para el griego creyente poseía el Olimpo” (Nietzsche, 1997). Por ello el efecto de la tragedia a través del coro era sanar esos abismos que separan el Estado y la sociedad y a un hombre de otro para “dar paso a un potente sentimiento de unidad, que retracte todas las cosas al corazón de la naturaleza” (Nietzsche, 1997); lo cual consuela al

heleno con su capacidad única de sufrimiento alejándolo del mundo cotidiano para mostrarle una vida que es poderosa y placentera.

Así, lejos de los pensamientos que lo atormentan, el coro se convierte en el gran acto salvador del arte griego, al permitirle el entendimiento de lo absurdo, en el ofrecimiento de una existencia más real y completa a través de oráculos y sentencias que nos hablan de un “coro que participa del sufrimiento y a la vez es un sabio, que proclama la verdad desde el corazón del mundo” (Nietzsche, 1997) y además quiere convencernos del eterno placer de la existencia que no se busca en las apariencias sino detrás de ellas. Por consiguiente, el coro debe entenderse como “símbolo de toda masa agitada por una excitación dionisiaca, que una y otra vez se descarga en un mundo apolíneo de imágenes” (Nietzsche, 1997).

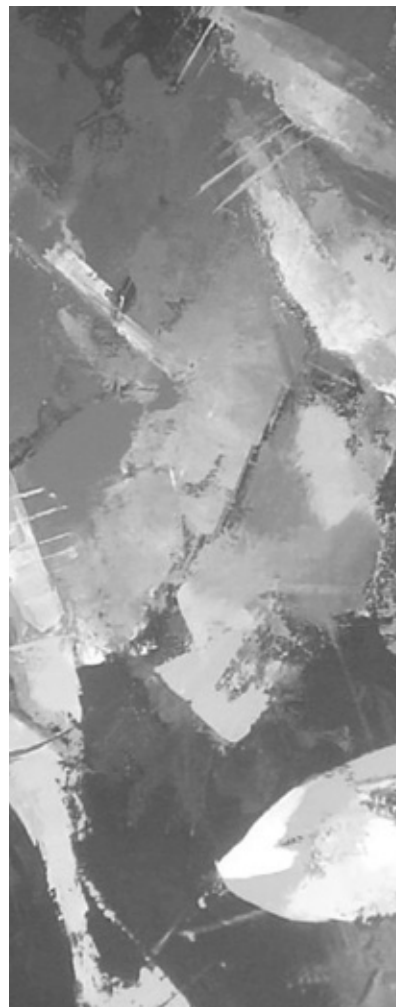
La tragedia griega tiene una gran misión en el mundo griego, la obra de arte conformada por la tragedia ática y el ditrambo dramático en cuya construcción sobresale por un lado el coro como mediador de las tensiones y encargado de llevarlas al máximo y la figura del sátiro por el otro, compañero de Dionisio que transforma a la muchedumbre con la ayuda del coro trágico, en servidores suyos y así abandonan y olvidan su pasado para hacer parte de ese todo que se denomina lo Uno primordial.

Sin embargo, como era de esperarse, el verdadero sentido de la tragedia griega como posibilitadora de la existencia misma, no fue captado ni comprendido por algunos o tal vez muchos; esto conduce a su temprana muerte y desaparición. Entre ellos Eurípides y Sócrates son denunciados por Nietzsche (1997) como culpables directos, pues el primero creó la comedia ática nueva, que reemplazó a la tragedia, en ella Eurípides no busca evidenciar las tensiones en que se debate la existencia humana sino que orienta la obra a un entendimiento del perfil psicológico de los personajes lleva implícita la idea de la posibilidad que tiene el hombre de conocer y ordenar la naturaleza a través de la razón. Aquí se nota la influencia del segundo (Sócrates) quien crea el método racionalista, de allí en adelante “el pensamiento filosófico al crecer se sobrepone al arte y obliga a este a aferrarse estrechamente al tronco de la dialéctica” (Nietzsche, 1997).

Con la comedia ática que crea Eurípides, el coro ya no es un observador visionario sino un espectador o un actor más. Desde ese momento la necesidad de optimismo, racionalidad, lógica y logicización del mundo, alejará de ese uno primordial en busca del placer eterno y la posibilidad de acabar con el sufrimiento que acarrea la existencia. Esa necesidad de bienestar total y búsqueda de la felicidad completa, de verdades y

saberes invariables y comprobables nos conducen al caos en el que la pérdida del mito y la fe en lo intangible nos convierte en seres insaciables, propensos a la depresión y la muerte real o simbólica ante la incapacidad de significar la vida.

La creencia en la ciencia y la religión como poseedoras de verdad que buscan sondear la naturaleza y el saber, se convierten en la cura de la existencia, ya no hay en el griego y menos en el hombre moderno la capacidad para aceptar y disfrutar la vida como lo que es: un tiempo con principio y final en cuyo intermedio gozará la dicha y padecerá el sufrimiento, un equi-

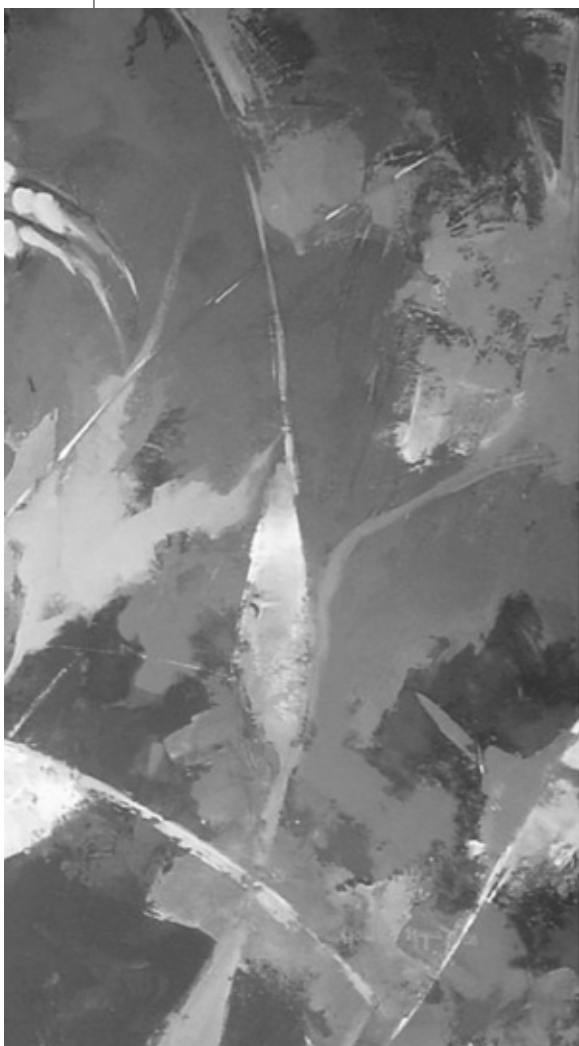


librio, un encuentro de contrarios al modo de Apolo y Dionisio en la tragedia griega.

Nietzsche (1997) brinda un panorama explicativo e interpretativo de la transformación de la humanidad a causa del cambio en la manera en que los griegos (significativos para culturas y épocas posteriores) abandonan un paradigma explicativo mítico para adoptar otro científico y racional, el cual se extendió a la modernidad y a los inicios de la contemporaneidad.

Sin embargo, el siglo XX sería testigo de la decadencia de la razón; pues paradójicamente los avances de la ciencia se vuelven amenazantes para la misma humanidad, la cual empieza a comprender que ya no todo puede explicarse desde allí y de este modo la lectura nietzscheana de occidente hace pensar la tragedia como síntoma de la contemporaneidad caracterizada por una época de excesos. Así la decadencia de antiguos valores y el surgimiento de nuevos, celebran la desmoralización de la verdad. La ciencia y el espectáculo de la ambivalencia vislumbrando el retorno al pensamiento trágico.

Por consiguiente, el sujeto contemporáneo puede ser diverso, cambiante, plural y complejo, puesto que empieza a darse la aceptación de la unión de contrarios que se complementan en cada uno de los sujetos. De ahí que pueda moverse en lo apolíneo evidente



en el mundo de las apariencias (roles y concordancia con las imposiciones sociales) así dan cuenta del proyecto del sujeto racional que conduce al autocontrol y la autorepresión de igual manera del sujeto moderno en la desmesura de lo dionisiaco, sin presentarse conflictos en este ir y venir. Esta dinámica de ambas potencias (apolíneo y dionisiaca) puede mostrar cómo los seres humanos viven la vida, la muerte, lo cotidiano, para así evidenciar particularidades que van más allá de lo establecido como lo bueno y lo malo, lo cual

indica un proyecto histórico y a su vez intrapersonal que lo recrea.

No obstante, aunque Nietzsche (1997) ofrezca en su perspectiva una relación que parece cooperativa, para Freud (1996) existe una confrontación constante entre la constitución del sujeto y el proyecto de culturas; lo que quiere decir que la cultura implica una batalla con lo humano, puesto que la constitución individual no está dispuesta a la convivencia en comunidad. Esto se debe a que las condiciones naturales del hombre tienden al placer, a través de sus satisfacciones eróticas como las necesidades corporales y las temáticas que se expresan en la agresión e incluso en la autodestrucción.

Por tal motivo, el proyecto de culturas para una convivencia armónica y colaborativa, debe regirse a partir de la represión de todo aquello que genera placer para el hombre. De este modo, el éxito de la cultura se funda en la implementación de mecanismos de control que funcionan como procesos reguladores sobre los sujetos, como es el caso del marco institucional (familia, escuela, etc.).

Por ello es importante el paso del sujeto por el complejo de Edipo, pues aquí se coartan por vez primera sus instintos de placer. La negación del objeto de amor (la madre), la cual impone sobre él la restricción fundamental que es la prohibición del incesto, y a su vez

el surgimiento de la culpabilidad en el deseo de matar al padre y la represión del acto por el amor que se siente hacia él. Así se da la aparición del facilitador del mantenimiento y equilibrio de la cultura: El súper yo, que en etapas tempranas está por fuera del sujeto (instancias superyoicas que siguen en la adultez complementan el proceso regulador) pero que el proceso civilizatorio será interiorizado para servir como el sistema más efectivo de autovigilancia y autocontrol. Esto permite que la agresión no se exprese hacia fuera sino que se devuelva al mismo sujeto a través de la represión que se da por la culpa y el remordimiento.

En definitiva Freud (1996) explica que el plan de la cultura es un requerimiento necesario para que sea de la vida en comunidad, por ello la libertad individual no sea un bien cultural y siempre ésta se verá sacrificada a costa de la desdicha y frustración del hombre. Sin embargo, para él todo este proceso civilizatorio fracasa, pues a pesar de la presión impuesta sobre él, siempre afloran los instintos reprimidos, los cuales aparecen en contraposición a lo presupuestado por la cultura.

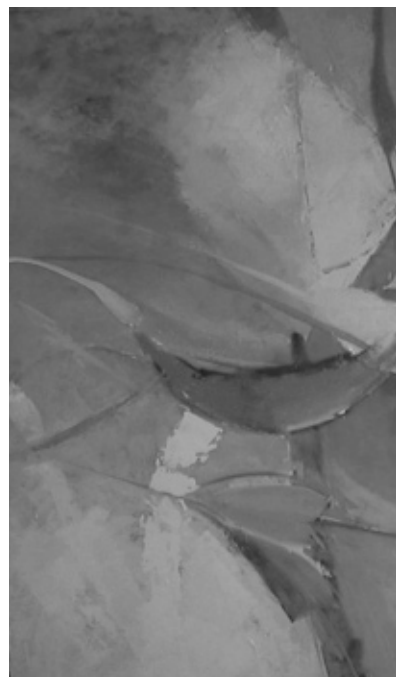
Entonces, ¿cuáles serían las actividades que develan opciones personales, ya sea en pugna constante de lo dionisiaco y de lo apolíneo, o en el trabajo conjunto de ambas potencias que actúan en algún sentido?

Freud (1996) diría que el estudio de la singularidad de los sujetos debe ir ligada al reconocimiento del contexto socio-cultural, que es lo que restringe y condiciona las opciones de placer del hombre según preceptos ideológicos o normas. Para así analizar cómo el hombre en su constitución como sujeto se relaciona con el orden cultural y a su vez los mecanismos que desarrolla de escape al sufrimiento y la frustración, que según Freud (1996) se da por tres vías: distracciones, satisfacciones, sustitutos o narcóticos y la sublimación (la ciencia, el arte...).

En este sentido es pertinente apelar a situaciones lúdicas y placenteras como son el juego y el dibujo. Este último es descrito por P. Wallon como “la expresión de nosotros mismos, de lo que somos en un momento dado de nuestra historia personal y la transmisión de un mensaje particular a nuestro entorno pues siempre hará referencia a una información interiorizada, constituida por elementos aprendidos, socializados, comunes a sujetos inmersos en una misma cultura que refleja un saber colectivo pero también a una información más personal, egocéntrica, vinculadas a una vivencia individual” (Wallon, 1995).

De este modo el dibujo no sólo da cuenta del ingreso al universo simbólico sino de la manera como los niños se aproximan a la realidad, cómo perciben el mundo

y a sí mismos; así la producción personal puede ser por un lado una herramienta donde se imprimen signos y significados donde de manera personal se integran las reglas que organizan el medio y los aspectos cognitivos y emocionales que le permiten de alguna manera manipular las relaciones que vinculan los significantes con los significados que fundamentan su contexto socio-cultural, lo cual puede ser indicador de una singularidad que se mantiene; y como resultado de lo anterior, como lo afirma Vigotsky (1979) puede convertirse en una herramienta constructiva que enriquezca la experiencia infantil donde se da lugar a procesos cognitivos como la imaginación, cuyos contenidos proporcionan la base sólida para su actividad creadora, donde el hombre manifiesta mediante ex-



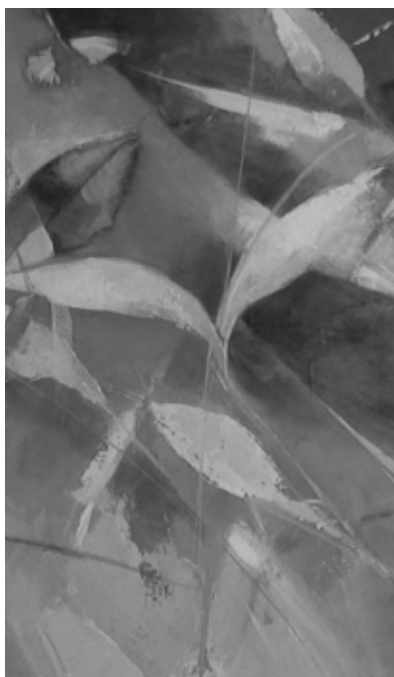
presiones externas su estado de ánimo, las imágenes de la fantasía que sirven de expresión interna para sus sentimientos, seleccionando determinados elementos de la realidad y combinándolos de modo que respondan a un estado interior de ánimo, y a su vez se convierte en el pilar de la opción que tiene el sujeto de modificar su propia realidad y por qué no, la de otros, en la medida en que éstos en la misma búsqueda puedan filiarse a su propuesta.

Así mismo, retomando desde Maffesoli (1996) la idea que sustenta la posibilidad que tienen los seres humanos de expresar lo dionisiaco en multiplicidad de situaciones aceptadas por la cultura, se podrían retomar el chiste y el juego. Es así como estos, al ser considerados actividades que se alejan del productivismo para instalarse en el esfuerzo improductivo, donde se destaca el espíritu lúdico que propicia toda actividad libre distinta a la tarea; podrían situarse como prácticas de tipo dionisiaco, pues al reconocerse en ellas el carácter desinteresado, al agotarse en el presente sin espera de un resultado en el futuro, se distinguen actividades ligadas al gusto y/o al placer que se fundamenta en el deseo, y que en ese alejamiento de la vida corriente se manifiesta la construcción de otras realidades posibles por fuera del contraste verdad y falsedad, bondad y maldad, sensatez y ne-

cedad, que al ser legalizadas por la cultura no representan amenaza significativa para éste.

Por consiguiente, no cabría afirmar desde esta perspectiva que las instituciones educativas ofrezcan estos espacios de esparcimiento, pues su fin último es adaptar a los individuos a los lineamientos de la sociedad a través de normas, acuerdos y códigos, que se constituyen como marcos de referencia para la construcción individual. Aunque tal vez, precisamente por sus características, ofrezcan eventualmente percatarnos de las emergencias de lo dionisiaco que podrían ser entendidas como acciones sagradas; es decir, que actividades como el juego revisten de alguna manera algo inexpresado, que mediante la representación que se lleva a cabo fuera de la vida corriente, delimitada tanto espacial como temporalmente, permite situar al participante o a los participantes en otro mundo, como es el caso de toda acción sacra donde se dan situaciones artificialmente aisladoras.

Así mismo, tanto la actitud del jugador como la de la comunidad que vive sus ritos sagrados desde una sentida seriedad, conduce a los jugadores a exaltarse si este es interrumpido intempestivamente por el exterior o la infracción de las reglas de juego aunque esté presente la conciencia de “hacer como sí”. Lo cual evidencia el reconocimiento del YO y del



OTRO, la prueba de que el YO se establece a partir del OTRO y se reconoce en el OTRO en la medida en que reconoce el contexto cargado de un universo simbólico; y lo que es más importante, al hallarse suspendidas de la vida corriente puede guardar estrecha relación con la fiesta caracterizada por la verdadera libertad, donde los reglamentos de la vida social pueden ser violados simbólicamente o realmente, por más rigurosos y culpabilizantes que puedan ser, pues dichas actividades están legalizadas por la comunidad, por lo cual se permite cualquier acto demencial o escalofriante.

Este último elemento parece escaparse de toda interpretación lógica, lo cual deja al juego como una actividad irracional que no sólo recrea la vida ordinaria sino que permite a los individuos dar sa-

lida por una vía “sana” a lo insano. Entonces no tenemos otra opción que tomar en serio estos espacios ganados a favor de los hombres y del bienestar común por medio de la actividad lúdica, puesto que se constituyen en formas que expresan un deseo propio que puede hablarnos de esa singularidad que parece aplastada por el “deber ser” y que precisamente por ser consideradas prácticas sin utilidad no se les concede lugar en las prácticas cotidianas, por lo cual somos expuestos según Maffesoli “al brutal retorno de lo rechazado” (Maffesoli, 1996), que puede expresarse con una gran dosis de violencia.

Ante esta divergencia entre las actividades propias de la institución educativa y las que no pertenecen a este contexto como las lúdicas, Estanislao Zuleta (1995) propone en ese educar, un ideal caracterizado por el imprimir sentido a los contenidos dados en la escuela, que supone reconocer los valores singulares de cada alumno o grupo de alumnos, pues a través de la significatividad del aprendizaje se puede lograr ligar lo aprendido con el conocimiento que ha construido el niño, lo cual repercute en una utilidad para la vida cotidiana, lo que implica un compromiso con el educando. Esto se logra al integrar elementos significativos de la experiencia del alumno en el reconocimiento de lo pluricultural que caracterizan a lo social contemporáneo, para así



rescatar las singularidades propias de pequeños grupos de comunidades que nos hablan de una determinada construcción social de la realidad que abarca diferentes modos de relación, de vida y de acceder a esta realidad; para así estimular la participación de los sujetos, reconociendo un saber en él que lo hace activo, pensante e investigador, capaz de emitir juicios propios y adoptar una postura crítica frente al tema.

Esto se propicia ante la posibilidad de pensar las cosas, hacer preguntas y ver contradicciones, “buscar saber”, esto ubica una relación entre iguales donde el alumno se sitúa como un filósofo investigador, capaz de acceder verdaderamente al conocimiento. Lo anterior recupera la idea de Bourdieu (2000) acerca de la posibilidad que tienen los sujetos de transformar el ordenamiento simbólico como sujetos activos en este proceso, lo cual aclara que las imposiciones de lo social son orientadoras, mas no determinantes, tal vez por ello el desarrollo de los pueblos no se pueda predecir.

En definitiva, teniendo en cuenta que el enfoque de este proyecto consiste en determinar el lugar de la singularidad se hizo necesario caracterizar el grupo con el cual se va a probar la hipótesis. Este grupo fue definido por niños entre 4 y 7 años de edad, cuyas características pueden ser explicadas desde Piaget (1975).

El objetivo principal de la perspectiva constructivista piagetiana se sitúa en el estudio de cómo los procesos de aprendizaje que se encuentran relacionados con la edad se vinculan estrechamente con las estructuras cognitivas del individuo.

De este modo los niños entre 4 y 7 años se ubican en el estadio de la inteligencia intuitiva (2 – 7 años); aquí se inicia la adquisición del lenguaje que permite unir la acción a la palabra.

Las características de este estadio son:

- El desarrollo mental implica la posibilidad de relación con otros y la interiorización de la palabra.
- Una primera etapa del pensamiento se basa en la incorporación o asimilación del denominado pensamiento simbólico,



caracterizado por la presencia de juegos de imitación o de carácter simbólico.

- Una etapa más avanzada la constituye el juego intuitivo. Cabe aclarar que en la medida en que la escolarización se da a más temprana edad en la contemporaneidad, es posible que traiga consigo cambios de orden mental, afectivo y social.

### Caracterización del dibujo y el juego en niños de 4 a 7 años

Los trabajos de Lowenfeld evidencian la idea de esquematismo y los estadios están definidos por la manera en que el sujeto aprende la realidad.

Así los niños en esta franja de edad se ubican en el preesquematismo: Los niños entre 4 a 5 años se adiestran en la creación consciente de líneas y formas, símbolos representativos que encuentran su origen en el garabateo y en la relación significativa vivida por el niño. Durante este periodo el dibujo se caracteriza por búsquedas, intentos, cambios constantes de formas simbólicas. Los niños entre 6 y 7 años descubren cierto orden en las relaciones espaciales, establecen relaciones entre los objetos, y se considera a sí mismo como una parte del entorno.

En el enfoque evolutivo la actividad gráfica según Wallon (1995) debe inscribirse en un contexto cultural y genético, puesto que

crecer en un sistema cultural impone representaciones, formas de expresión y comunicación. Por tal motivo tratar de clasificar a todos los sujetos a partir de una misma categoría puede resultar arbitrario pues se pasan por alto múltiples factores de influencia que modifican el desempeño del ser humano.

Por otro lado, el juego dominante entre los dos, tres y los seis, siete años es denominado por Piaget (1959) como juego simbólico. Este se caracteriza por utilizar un abundante simbolismo que se forma mediante la imitación. El niño

reproduce escenas de la vida real, modificándolas de acuerdo con sus necesidades. Los símbolos adquieren sus significados en la actividad: la caja de cartón en un camión, entre otros. Muchos juguetes son un apoyo para la realización de este tipo de juegos.

Además, el niño ejercita los papeles sociales de las actividades que le rodean: El padre, la madre, el maestro, y eso le ayuda a dominarlas. La realidad a la que está continuamente sometido en el juego se somete a sus deseos y necesidades.



## Bibliografía

1. Berger, Peter y Luckman, Tomas. La construcción social de la realidad. Buenos Aires: Amorrortur, 1975, 233p.
2. Bourdieu, Pierre. La dominación masculina. Barcelona: Editorial Anagrama, 2000, 190p.
3. Carver, Charles y Scheier, Michael. Teorías de la personalidad. Naucalpan de Juárez: Prentice- Hall Hispanoamericana, S.A., 1997, 631p.
4. Castells, Manuel. La era de la información Vol. 1. España: Siglo XXI Editores, 1999.
5. Coloquio de Royaumont. Sobre el individuo. Royaumont: Paidós Studio, 1985, 152p.
6. Echeverry, Leonor y Echeverry, Hugo. Diccionario de Filosofía. Santa fe de Bogota: Panamericana Editorial Ltda., 1997, 604p.
7. Foucault, Michel. Tecnologías del Yo. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A., 1996, 150p.
8. Foucault, Michel. Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión. México: Siglo XXI Editores, 1984, 315p.
9. Freud, Sigmund. Obras completas Tomo III. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 1996, 3667p.
10. Lipovetsky, Gilles. La era del vacío. España: Anagrama, 1998, 220p.
11. Maffesoli, Michel. De la orgía. España: Editorial Ariel, S.A., 1996, 198p.
12. Nietzsche, Friedrich. El nacimiento de la tragedia. Madrid: Alianza Editorial, 1997, 275p.
13. Piaget, Jean. El nacimiento de la inteligencia. México: Fondo de Cultura Económica, 1975, 315p.
14. Piaget, Jean. La formación del símbolo en el niño. México: Fondo de Cultura Económica, 1959, 323p.
15. Vigotsky, Lev Seminovich. Pensamiento y lenguaje. Buenos Aires: Editorial Fausto, 1979, 236p.
16. Wallon, P y Cambiera, A. El dibujo del niño. México: Siglo XXI Editores, 1995.
17. Zincer, O. Psicología experimental. Colombia: McGrawHil.

